

Fernando Ainsa

LOS NAUFRAGIOS DE MALINOW

Ahora nos lo decimos todos: no debería haber sido tan difícil creer a Malinow.

Sin embargo, cuando venía a contarnos un nuevo naufragio que había visto, había algo en su aire de extranjero rubio, descendiente de rusos blancos, que no nos inspiraba confianza.

Ahora que Malinow se ha ido, las noches de invierno se nos hacen más largas en la rueda de pescadores y contrabandistas que formamos en el Bar Jiménez, y hay quien asegura que, en esta costa barrida por vientos tan contradictorios, los naufragios que nos contaba Malinow podían haber existido realmente.

Podían, sí.

Porque en la parte más abierta de estas playas, donde el océano rompe con más fuerza, se ven los restos de muchos barcos que encallaron alguna vez llevados por un temporal, arrastrados por una corriente. Con paciencia y memoria se podría trazar un mapa punteando los naufragios, precisando las fechas que se remontan hasta galeones y carabelas de la época colonial, hoy devorados por completo por la espuma y la arena.

Ahora que Malinow se ha ido, hay quienes reconstruyen con cuidado estos posibles mapas de nuestra costa, llenos de cruces y de una historia que, en cualquiera de los casos, ninguno de nosotros ha vivido, pero que él aseguraba haber visto en sus paseos solitarios en las noches de tormenta.

Pero entonces, cuando Malinow entraba en el Bar de Jiménez, lo recibían sólo sonrisas y miradas incrédulas. Las burlas eran aún mayores cuando decidía contar, una y otra vez, con pequeñas variantes, siempre hablando en tiempo presente, su naufragio favorito: cómo su abuelo Boris había llegado a este país, naufragando en una de las puntas más agreste y lejana de la playa que se pierde en el oeste.

Sus mechones de pelo rubio pajizo le caían sobre la frente y los ojos de azul claro se le iluminaban, como si estuviera viendo lo que nos decía:

“...y cuando todos los pasajeros se han salvado, y los botes están en la orilla, el abuelo Boris, capitán responsable del barco, lo mira por última vez, sube con dificultad al puente de mando, tan inclinada está ya la cubierta, y toma de su cabina todos los papeles del navío y los guarda con cuidado en su bolsillo...”

En esos momentos de su relato, Malinow esperaba siempre que alguno de nosotros lo interrumpiera para hacerle preguntas, pero todos —aunque lo escucháramos con atención— nos hacíamos los distraídos. Malinow era demasiado rubio para que lo que contara inspirara confianza, pero también era demasiado entusiasta para callarse ante nuestra indiferencia. Y así seguía con grandes gestos:

“...y aunque el temporal arrecia, el abuelo capitán revisa con parsimonia los cajones donde tiene su brújula personal,

un reloj de oro y las fotos de su familia. El barco se escora aún más, y crujidos que parecen lamentos brotan de los maderos y de los hierros, para subir desde las bodegas inundadas hasta el puente de mando, como un himno de difuntos que se mezcla con el ruido de las olas que se rompen contra el casco, que lamen con ferocidad la cubierta y entran a borbollones espesos por los ojos de buey de vidrios despedazados. Abuelo examina los restos húmedos de su pequeño mundo que está por desaparecer y sube al único puente que emerge ahora de las aguas. Desde allí observa la playa, donde su tripulación y los pasajeros lo esperan con impaciencia, batidos los rostros por la lluvia y por el viento. El capitán Boris está satisfecho porque todos se han salvado, porque todos están sanos y salvos gracias a su sangre fría y a la seguridad con la que personalmente ha organizado el salvataje antes de pensar en sí mismo. Baja luego un pequeño bote que se balancea sobre la borda, salta sobre su frágil casco con la gorra calada sobre los ojos, empuña los remos y va hacia ellos. Abuelo esquivo con habilidad unas rocas y llega a la playa en el justo momento en que, rodeado de un estallido final de hierros y maderas, el barco se parte y desaparece bajo las grandes olas que cubren triunfalmente sus restos para siempre. El capitán Boris estrecha la mano de cada uno de los pasajeros, abraza a sus tripulantes y oficiales, y llora en silencio. Así llegó mi abuelo, el capitán ruso Boris, a este país.”

No recordamos cuántas veces nos contó Malinow este naufragio que se entroncaba con la historia pretendida de su sangre. Cada vez que nos lo contaba, a falta de otros naufragios que hubiera visto la noche anterior, añadía algún nuevo detalle, una pequeña variante, algún capítulo anterior o posterior de la historia de su abuelo que “nunca más se había vuelto a embarcar y que había caminado por esta costa hasta el fin de sus días, sus ojos fijos en un horizonte tras el cual habían quedado los suyos, en la lejana Rusia”.

Malinow contaba: “Abuelo se quedó a vivir aquí y se casó con una criolla que le dio una hija —mi madre— el mismo día en que murió desangrada sin esperanza de socorro médico.”

Cuando nos contaba esta historia, su piel clara dorada por el sol se le perlaba de gotas de sudor casi imperceptibles. Era una emoción que parecía venirle de muy adentro, pero en la que ninguno de nosotros quería creer.

Ahora que Malinow se ha ido, pensamos a veces que fuimos muy cobardes, porque nadie le dijo en la cara lo que se decía cuando salía del bar, tarde en la noche: “Su abuelo Boris había llegado a esta tierra desde Rusia, pero no como capitán de barco sino como integrante de un grupo de campesinos que huía de los vientos que recorrían ese país por los años 1910, y que ninguno entendía”. Había llegado de Rusia, sí, pero con una mujer y dos hijos, que abandonó poco después para escapar con una linda criolla, y venirse hasta



este pueblo a orillas del mar, lejos de la colonia que los rusos habían fundado en el interior, lejos de aquí, y a la que nunca volvió. Los más viejos de entre nosotros aseguraban que Boris nunca supo nadar, que le tenía miedo al mar y que nunca se bañó en la playa, ni siquiera cuando hacía calor y hasta las viejas beatas se mojaban los tobillos levantándose las faldas con una olvidada picardía. Ni siquiera entonces, no.

Esto es lo que se decía entonces, cuando Malinow había salido del bar, pero ahora que se ha ido hay quien ha recordado de golpe haber visto en la casa que el abuelo Boris levantó sobre las rocas de la punta oeste, una brújula, un reloj de oro y viejos papeles escritos en extraños caracteres enmarcados en las paredes. Ahora, otros también recuerdan que alguien, también rubio, venía a veces de lejos a visitarlo y que fumaban en silencio en la terraza, frente al mar, y aseguran que ese hombre más joven que él, había sido uno de los oficiales de aquel barco que naufragó en nuestra costa.

Ahora que Malinow se ha ido, el maestro del pueblo, que viene algunas veces a tomarse una cerveza con nosotros, nos ha dicho que Malinow, como un viejo marinero inglés al que había cantado un poeta de cuyo nombre no se acordaba, sufría de una terrible agonía que lo obligaba a contar una y otra vez un naufragio, para calmarse al final, pero sintiendo unos días después una nueva angustia que le arrebatava el corazón, incendiaba su pecho, y le hacía ver en el rostro de cada uno de nosotros un eco posible a una historia condenada a nunca terminar. El maestro del pueblo se pregunta ahora si no debió interrumpir alguna vez a Malinow para preguntarle si, en algún momento de su vida, no había matado un albatros.

Ahora que Malinow se ha ido nos hacemos muchos reproches, pero hay que reconocer que del relato de sus naufragios no quedaban trazas. No había maderas flotando, no habían mástiles de veleros, ni cascos de barco sobresaliendo de entre las olas encallados en la arena de nuestras playas para apoyar su testimonio.

No había supervivientes de sus naufragios, no había S.O.S. lanzados sobre las olas, no había otro relato que el suyo, contado con grandes gestos en el centro de la rueda del Bar Jiménez.

¿Cómo aceptar que sólo sus ojos habían traspasado las tinieblas cortadas por rayos y centellas, para ver cómo se hundían sin dejar rastros sus grandes y pequeños barcos, sus veleros, sus chalupas, sus buques mercantes de banderas desconocidas?

A veces —hay que decir la verdad ahora que Malinow se ha ido— detrás de su relato llegaba una débil prueba a nuestras playas. Recordemos, por ejemplo, cómo una mañana se nos apareció el mar cubierto de esferas blancas, miles de huevos que flotaban y que se depositaron en la orilla con la

suavidad de la calma que siguió a la violencia de un temporal de otoño. Recordemos que tres días antes, Malinow nos había contado que un pequeño buque mercante andaba a la deriva frente al cabo que cierra en la parte oeste la playa, y que para evitar encallar en sus rocas había visto cómo la tripulación arrojaba docenas de cajones de huevos por la borda. Recordemos ahora cómo nos reímos a sus espaldas, porque su fantasía nos parecía haber rebasado el margen de la credibilidad que otros naufragios podían haber tenido. Ahora que Malinow se ha ido, somos capaces de imaginar barcos cargados de huevos, y que en las grandes ciudades se comen los huevos venidos de alguna parte y —por qué no— de algún puerto lejano.

Se pudo, sí, haber creído a Malinow cuando aún estaba entre nosotros. Porque nosotros, pescadores y contrabandistas, sabemos que en nuestra costa naufragan muchos barcos, más allá de los límites de nuestro territorio. Lo leemos a veces en los periódicos, lo escuchamos en la radio, sabemos que en invierno hay pueblos enteros que ven debatirse frente a sus ojos, agolpados en las playas barridas por tempestades, barcos que se hunden luego con estrépito. Sabemos cómo, en las madrugadas solitarias que siguen a estos naufragios, muchos habitantes de esos pueblos se aventuran en los barcos semi-hundidos, para traerse los equipajes, las linternas, los metales, las maderas preciosas de puertas y balaustradas. Sabemos que los barcos son saqueados y desprovistos de todo bronce y hierro antes de que el óxido llegue. Sabemos que esos saqueos duran varios meses y que el tiempo se encarga de lo demás; que en unos años esos barcos de colores vivos y de pabellones diversos se vuelven un montón de hierros, donde es imposible imaginar el impecable trazado original de una proa. Y sabemos, finalmente, que aquel naufragio que fue titular de una primera página de un diario de la capital, es ahora solamente una cruz de un memorioso en un mapa, parte de un paisaje que no puede imaginarse sin sus despojos; nada más.

Más allá de nuestra costa pasan estas catástrofes que merecen la atención, pero aquí no era posible porque sólo Malinow con su aire de rubio solitario y mentiroso aseguraba haber visto un naufragio entre dos centellas y una tempestad. Ahora que se ha ido nos decimos que, aunque pasaran lejos, tal vez él podía vivirlos como si los viera, o que los veía aunque hubieran acaecido muchos años o décadas atrás. ¿No nos hablaba, a veces, de barcos de antiguo velamen o de diseño superado?

“De allí le venía el alma compleja, el llamado confuso de las aguas, la voz inédita e implícita de todas las cosas del mar, de los naufragios, de los viajes lejanos, de las travesías peligrosas...” recita ahora burlonamente el maestro del pueblo, citando a otro poeta cuyo nombre tampoco podía recor-



dar, pero del que sabía era portugués, lo que nos asombraba, como si los poetas no pudieran ser portugueses.

En los meses que precedieron su partida, Malinow se nos apareció más agitado que nunca. Madrugaba más que ninguno de nosotros, caminaba a lo largo de las playas desiertas los días de temporal, cuando nadie se atrevía a aventurarse fuera de su rancho, y volvía empapado, muy tarde en las madrugadas, con los ojos iluminados por un nuevo naufragio al que había asistido como testigo privilegiado. El último invierno que pasó entre nosotros, Malinow fue el único en aventurarse en la Punta del Diablo, donde las rocas terminan en forma abrupta en el mar que se convierte en océano hacia el este de ese cabo, más allá del faro abandonado hace ya muchos años. En esos meses Malinow era el único que hablaba en las veladas del Bar Jiménez, para mirarnos beber en silencio, para compartir su último relato.

A fines de ese invierno, una noche excepcionalmente agradable, Malinow entró con la frente perlada de gotas de sudor y nos dijo, casi gritando: "No me creerán, pero hoy me ha

pasado algo extraordinario." Nadie le preguntó "¿Qué has visto hoy, Malinow?", como a veces hacíamos, sin disimular nuestra ironía, porque ni ese día ni la noche anterior temporal alguno había barrido la costa para justificar la historia de un naufragio percibido entre los relámpagos.

Pese a nuestro silencio, Malinow nos contó en su hábil presente histórico: "Estoy esta tarde en la playa, a la altura del Fortín, cuando creo ver el resto de un mástil movido por las olas, al borde del mismo mar. Al acercarme me doy cuenta de que no es una madera la que flota en la orilla, sino un cuerpo humano, más bien los restos de un cuerpo desfigurado por el mar. Es el cadáver de un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien vestido con los andrajos de un smoking o de un frac, algo así. No está hinchado como suelen estar los ahogados que yo he visto tantas veces balancearse en las olas; sus rasgos son casi normales, pero como mordidos por la vida del mar, comenzados a disolverse para siempre en el cuerpo de peces, crustáceos y algas. Se le ve, pese a todo, un algo de elegancia perdida, de auténtico señor caído al mar, en sus dedos azulados, en los zapatos de charol, en el perfil de su rostro, en ese conjunto de cosas sutiles que nos dicen que alguien no es de nuestro mundo aunque haya irrumpido en él. Así era el ahogado que me encontré esta tarde en la playa, a la altura del Fortín".

Nadie parecía escuchar a Malinow. Todos aparentábamos estar preocupados por el juego de cartas, por el vaso que se vaciaba, por la puerta que se abría y cerraba al golpe de los que iban llegando al bar. Malinow siguió hablando, como ordenando para sí mismo los recuerdos frescos de esa tarde asoleada del mes de agosto, de este último invierno que pasaría entre nosotros.

"Estoy mirando el cuerpo, cuando una ola le abre los restos del smoking y veo un gran sobre alargado en su bolsillo. Me inclino y lo tomo. Está empapado y cerrado con un lacre. Cuando lo voy a abrir, oigo un rumor que viene del mar. Una lancha automóvil se acerca a gran velocidad, dando saltos sobre el agua. Más allá, un yate se balancea con suavidad, inmóvil en la tarde apacible. Tengo miedo, no sé por qué. Agachado, trato de que no me vean y me escurro entre las dunas y me echo al borde mismo del bosque de eucaliptus que bordea el camino que lleva a la estancia de Don Miguel. Acostado en la arena, veo llegar la lancha que recorre con lentitud la playa. En la proa, un hombre de unos sesenta años mira con binoculares la orilla hasta que descubre el cuerpo del ahogado y con gestos amplios indica a dos marineros que se acerquen. Observando la costa desierta, lo izan con exagerado disimulo, lo esconden tras la borda y hurgan entre sus ropas como si buscaran el gran sobre lacrado que tengo yo entre mis manos".

La lancha no se va. Está detenida a dos metros de la orilla





y el hombre de los binoculares barre lentamente la playa como si buscara algo, como si buscara a alguien más. Con las piernas abiertas para mantener el equilibrio parece fijarse por un segundo en el borde del bosque donde estoy escondido. Pero la tarde está cayendo y cada vez hay menos luz. De golpe la lancha se pone en movimiento y se va como llegó, tragada por la distancia, hasta llegar junto al yate que levanta amarras y se esfuma en el horizonte”.

Una vez más Malinow ha quedado solo con su historia, el ahogado llevado lejos de cualquier otro testigo. Pero esta vez hay un sobre lacrado y húmedo que ha quedado en sus manos. Y Malinow nos dice: “Entonces lo abro y encuentro varios miles de dólares en billetes de cien y de quinientos”.

Nuestro silencio fue de una inesperada atención, conquistada a golpes por las palabras “billetes, miles de dólares”. Lo miramos y vimos sus claros ojos llenos de satisfacción: por fin había comprado nuestra incredulidad.

Alguien le dijo entonces: “A ver Malinow, muéstranos un billete”.

Con la calma de su nueva posición conquistada, Malinow respondió: “Lo siento, no tengo ninguno aquí; estaban mojados y los estoy secando en casa, junto a la estufa”.

“¿Ni uno, Malinow, no tienes ni uno para pagarnos una copa? ¿No tienes ni uno para pagarnos un poco de confianza en lo que dices?”— le dijo otro, y nos echamos a reír.

Todos reían menos Malinow. Alguien había mencionado una palabra —confianza— que lo había herido para cambiar su rostro para siempre. Empezó a tartamudear, quiso gritar entre el estruendo de la carcajada general: “Pero además de los miles de dólares, me he encontrado una mujer muy hermosa”.

Nadie hacía caso a Malinow. Después de años de oírlo en silencio, todos se reían y hacían ruidos desagradables para terminar de una vez por todas con sus historias de ahogados, naufragios y botines perdidos. La emoción parecía escaparse de los puños tensos de Malinow y su voz se quebró en sollozos cuando gritó: “Me he encontrado una mujer hermosa desvanecida unos metros más allá del ahogado, enganchado su cuerpo entre dos rocas, un vestido de noche negro pegado a su piel como si fuera una auténtica sirena. La creía muerta, pero estaba viva, y la tomo en mis brazos y ella abre sus ojos inmensos verde claro y me mira profundamente, como nunca nadie me ha mirado en mi vida”.

No escuchábamos a Malinow. Había llegado nuestra hora y todos le gritamos: “ruso mentiroso, nieto de un campesino cobarde que siempre le tuvo miedo al mar, estamos hartos de oírte Malinow. Basta, ruso, basta”.

Y Malinow, quebrado para siempre, seguía diciendo: “La llevo a casa donde está durmiendo. La abrigo, enciendo la

estufa, me está esperando...”

Me adelanté entre las burlas de todos y le dije a Malinow con una gran carcajada: “Apúrate en volver al lado de tu sirena. A lo mejor se despierta y se te escapa con los dólares. Mira qué buena historia tendrás para contar mañana por la noche”.

Malinow nos miró a cada uno de nosotros, buscando uno solo que no se estuviera riendo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que la piel exageradamente blanca que siempre lo separó de todos nosotros estaba rasgada y el pasivo silencio, roto.

Y entonces Malinow salió, y cuando esperamos volverlo a ver la noche siguiente como si no hubiera pasado nada, dispuesto a contarnos una nueva mentira, supimos que se había ido.

No hemos vuelto a ver desde entonces a Malinow. Pero sabemos de él o creemos saber porque, atenuados por la distancia y el tiempo (¿sabe alguien a qué velocidad viajan los rumores?), nos llegan vagos ecos, no precisamente de Malinow, sino de una pareja de rubios con aire eslavo que se ha establecido con un bar más allá del Cabo Polonio. Dicen que el dueño de ese bar cuenta todas las noches historias de naufragios que vio en un punto de la costa donde nació y vivió durante muchos años —y que nosotros quisiéramos ahora que fuera la nuestra. Dicen que los parroquianos de ese bar lo escuchan asombrados y que una mujer rubia muy hermosa sonríe con aire feliz, sentada detrás de una gran caja registradora.

Eso es lo que dicen algunos.

Porque hay otros que dicen que esa pareja de rubios (en los rasgos del hombre queremos descubrir a Malinow) cuenta naufragios que dicen haber visto tomados del brazo, paseando los días y las noches de tempestad por esa costa oceánica. Ahora, allá, al parecer todos lo creen, porque cuando los cuenta por la noche, rodeado de sus propios parroquianos, ella —la rubia— dice, de vez en cuando, “sí, es verdad” o “así fue”.

Pero unos y otros —todos nosotros— sentimos que lo más importante, desde que se ha ido Malinow de nuestro pueblo, es que aquí no pasa nada digno de ser contado y que la verdad de nuestras vidas cotidianas es muy aburrida. Ahora sentimos con angustia que este pueblo necesita —como tal vez lo necesitan otros pueblos— de algo que parezca mentira para seguir viviendo y para que las noches de invierno sean menos largas.

En realidad —nos lo decimos todos— no debería haber sido tan difícil creer a Malinow.